Un adorno de verano

Siempre recuerdo los veranos de mi infancia, cuando me iba con mi familia a Córdoba, a la casa que tenía mi tía en Calamuchita.

La casa era bastante vieja, no la usaba nadie durante el año, por lo que al entrar, había olor a encierro. Los muebles estaban tapados con plásticos transparentes, pero no podían respirar la humedad que emanaba la casa. Por eso, cuando poníamos por primera vez el pie ahí adentro, sacábamos todos los plásticos y las fundas de las camas en donde íbamos a dormir.

Había algo de esa casa que me llamaba la atención, algo que hacía que me dieran ganas de que lloviera y quedarme ahí adentro instalada. No tenía muchas cosas como para que una niña de 8 años como yo se entretuviera, pero yo miraba los adornitos que estaban replegados por todos los rincones de esa casita cordobesa. Y me generaba una sensación de desolación, me imaginaba a los pobres adornitos pasando el otoño, el invierno y la primavera solos. Tan solo acompañados unos de otros, como si estuvieran esperando la llegada del su estación favorita, el verano, para que alguien les pudiera dar uso. Yo los miraba, los tocaba y les sacaba el polvo que habían acumulado durante el año. Pero mucho más que eso no se podía hacer, eran cosas que solo servían para decorar, para darle un toque antiguo y viejo a la casa.

Para mí, había que sacarlos todos. ¿Quién los iba a querer ver? Así fue que una vez me llevé en secreto, y sin el permiso de mis padres, un florerito chiquito, que tenía adentro unas flores que eran de mentira. Lo guardé en mi bolso al momento de volver y cuando llegué a mi casa en Buenos Aires fue lo primero que saqué. Lo dejé en la cómoda de mi cuarto que compartía con mi hermana. Pero yo quería que ese florero fuese solo mío, que solo yo lo pudiese ver. Así que le dije a mi hermana (que para ese entonces debía rondar los cuatro años) que no lo podía tocar porque estaba embrujado. Me causaba gracia pensar que había manipulado a mi hermanita diciéndole esa mentira barata, pero ella ¿cómo iba a saber que la estaba engañando? De alguna manera, con esa mentira el florero se volvió más misterioso todavía, pero a mí no me preocupaba, porque yo lo conocía de verdad y sabía que no tenía ningún hechizo adentro.

Así fue que el florero me acompañó durante largos meses, yo lo miraba y él me devolvía una mirada de desprecio. Nunca entendí por qué yo no le caía bien. Quizás fue porque lo “desplanté” a la fuerza de su casita, lo separé de sus otros amigos adornadores de casa de verano.

Y de un día para el otro, las flores se habían marchitado. Estaban secas y largaban el mismo olor que se sentía en la casa de Córdoba. Me desesperé al ver que esas flores de adorno se habían marchitado. Las puse rápidamente adentro de mi placard, para que nadie viera lo que había sucedido. Impaciente, no habían pasado más de 40 minutos que ya lo fui a buscar nuevamente, para corroborar que siguieran en ese estado putrefacto. Para mi sorpresa, las flores estaban intactas, conservaban el polvo viejo que habían juntado allá en la casa de Córdoba.

Nunca comprendí bien qué era lo que había sucedido con ese adornito. La historia es que nunca más lo pude volver a ver con los mismos ojos. Ahora solo era un adorno viejo más que adornaba grotescamente el cuarto de una niña de ocho años.